

Roger Lawrence había ido a la ciudad con el propósito de llevar a cabo un acto concreto, pero a medida que se acercaba la hora, sentía cómo su fervor se desvanecía súbitamente. En realidad, desde un principio, había sentido poco ese fervor que nace de la esperanza; lo sentía tan poco, que mientras viajaba inmerso en el traqueteo del tren no pudo evitar la sorpresa de verse a sí mismo envuelto en semejante empresa. Sin embargo, a falta de esperanza, podría decirse que le sostenía la desesperación. Fracasaría, estaba seguro, pero debía volver a fracasar antes de descansar. Entretanto, estaba más que impaciente. Por la tarde, después de vagar sin rumbo por las calles durante un par de horas sumido en la fría oscuridad de diciembre, llegó al hotel. Subió a la habitación y se cambió, con un sentimiento de amargura pero a la vez de cierta satisfacción por haber logrado darse el aplomo propio de un apasionado pretendiente. Tenía veintinueve años. Era un hombre sano y fuerte, de buen corazón y un portento al menos, en lo que se refiere al sentido común; su rostro reflejaba juventud, ternura y cordura, pero no muchas más cualidades. Tenía un cutis tan fino que casi resultaba absurdo en un hombre de su edad, un efecto más bien acentuado por una prematura calvicie parcial. Al ser extremadamente miope, inclinaba la cabeza hacia delante; pero como los estetas que han estudiado el pintoresquismo consideran que este rasgo concede un aire de distinción, en este caso Roger podría haberse acogido a dicho beneficio de la duda. Su complexión fuerte y robusta era, en definitiva, uno de sus mejores atributos, si bien, debido a una incurable timidez personal, hacía gala de una enorme torpeza de movimientos. Iba melindrosamente acicalado y era meticuloso y metódico en extremo en sus hábitos, que son los típicos que supuestamente se identifican con la soltería. El deseo de sacarle el máximo partido a su falta de confianza lo había dotado de un excesivo formalismo en la conducta, lo que a muchos les resultaba sumamente cómico. Destacaba por sus trajes de lino impolutos, sus botas lustradas y unos sombreros aterciopelados. Hiciera el tiempo que hiciera, llevaba siempre un paraguas impecable. No fumaba; bebía con moderación. Su voz, lejos de ser la del vigoroso barítono que cabría esperar de una caja torácica tan desarrollada, era la de un tenor morigerado y cortés. Le gustaba acostarse temprano, y parece ser que, en lo referente a su salud, tenía muchos «miramientos». Nunca se le tachó de tacaño, aunque se le tenía por bastante avezado en cuestiones de dinero. En asuntos triviales, como la elección de un zapatero o un dentista, sus consejos se daban por buenos; pero a nadie se le habría ocurrido pedirle opinión en asuntos de política o de literatura. Con todo, cualquier observador algo menos superficial que la mayoría hubiera apuntado, en ocasiones, que a Roger se le subestimaba, y que el día menos pensado sacaría lo mejor de sí y podría medirse con cualquiera. El observador en cuestión preguntaría: «¿Se han fijado en su rostro?». Bajo su natural serenidad, con unas mejillas sonrojadas que eran como nubes surcando un cielo estival, latía un tesoro exquisito de sensibilidad humana. Sus ojos eran excelentes; pequeños, tal vez, un tanto torpes, pero con una profundidad llamativa, como la tierna mudez de una mirada perruna. En reposo, Lawrence podía parecer estúpido; pero en cuanto se ponía a hablar, su rostro se iluminaba de forma sutil y paulatina con todo tipo de matices, hasta que al cabo de una hora llegaba a infundir una confianza tan perfecta, que, en cierta medida, era un tributo a su propio intelecto, como de hecho lo era a su integridad.

En esta ocasión, Roger se vistió con un cuidado inusual y cierta elegancia sobria. Se debatió un par de minutos entre dos corbatas, y luego, ruborizándose en el espejo con pueril vanidad, sustituyó la corbata negra y sencilla por la que había llevado en el viaje. Cuando

acabó de vestirse, era aún temprano para llevar a cabo su misión; bajó al salón del hotel. Pronto apareció una pareja de fumadores. Con la esperanza de no verse molestado por los humos, siguió hacia el salón vacío, se sentó, y atemperó su impaciencia probándose un par de guantes de color lavanda.

Mientras estaba en ello, entró en la sala una persona que le llamó la atención por su conducta singular. Se trataba de un hombre que no llegaba a la mediana edad, bastante atractivo, pálido, con un bigote rubio más bien pretencioso; era todo él un dechado de antiguas y deslucidas elegancias. Su aspecto desamparado reflejaba una miseria sórdida e irreparable. Avanzó directamente hacia la mesa del centro de la sala y se sirvió tres vasos llenos de agua con hielo, que se bebió de un trago como si luchara por aplacar la furia de alguna fiebre interior. Luego se aproximó a la ventana, reclinó la frente contra el cristal frío y, con sus uñas largas y rígidas, trazó nerviosamente un garabato. Por último, se acercó a grandes zancadas hasta la chimenea, se dejó caer en una silla, con la cabeza entre las manos, y profirió un leve gemido. Lawrence alisaba sus guantes y lo miraba, pensando: «¡Qué imagen del fracaso, de la degradación y de la desesperación! Me he visto en apuros; me he sentido abatido, con dudas, y preocupado. No tengo esperanza alguna. Y, sin embargo, ¿qué representa todo mi sentimiento de tristeza comparado con esto?». El infeliz caballero se levantó de la silla, se dirigió hacia la chimenea, y se quedó de pie con los brazos cruzados mirando a Lawrence, que estaba sentado frente a él. El joven le sostuvo la mirada, aunque con aparente incomodidad. Su rostro era blanco como la ceniza, sus ojos vivos cual brasas. Roger no había visto nunca nada tan trágico como las dos largas y duras líneas que descendían por su nariz hacia la boca; se veían casi negras sobre su piel blancuzca, y parecían burlarse de los grotescos extremos curvados de su lacio bigote rubio. Lawrence sintió que su acompañante iba a dirigirse a él; empezó a quitarse los guantes. De pronto, el extraño se acercó, se detuvo un momento, lo miró con insolente intensidad y se sentó a su lado en el sofá. Lo primero que hizo fue agarrarle del brazo. «¡Está completamente ido!», pensó Lawrence. Ahora Roger podía ver de cerca su lamentable aspecto. Su chaleco abierto dejaba a la vista la pechera sucia y arrugada de la camisa, cuyos botones habían sido arrancados recientemente, dejando vacíos los ojales. En un estado normal, el hombre hubiera parecido un jugador en una racha favorable. Hablaba en un tono rápido, nervioso, con una voz dura y petulante.

—Creerá que estoy loco, supongo. Bueno, pues pronto lo estaré. ¿No me prestaría usted cien dólares...?

—¿Quién es usted? ¿Qué problema tiene? —preguntó Roger.

—Mi nombre no le diré nada. Aquí soy un extraño. Mi problema... ¡es una larga historia! Pero es grave, se lo aseguro. Me oprime con una ferocidad que va en aumento mientras estoy aquí sentado, hablando con usted. Cien dólares lo calmarían, al menos durante unos días. ¡No me los niegue! —esto último lo dijo en parte como súplica y en parte como amenaza—. ¡No me diga que no los tiene! ¡Un hombre que lleva esos guantes...! ¡Vamos! ¡Parece usted buena persona! ¡Míreme! ¡Yo también soy buena persona! No necesito jurarle que lo estoy pasando muy mal.

Lawrence llegó a conmoverse, pero estaba disgustado y molesto. El sufrimiento de aquel individuo era de lo más creíble, aunque había algo descaradamente inmoral e insensible en su expresión y tono de voz. Roger se negó a atender su petición sin saber más de aquel

hombre. Por la insistencia del extraño, que no hacía más que decir que era de San Luis, y repetía que estaba en apuros —unos agobiantes y horrendos apuros—, Lawrence llegó a pensar que se habría visto implicado en algún delito. Cuanto más insistía en conocer los detalles concretos sobre su situación, tanto más fiera y perentoria se tornaba la petición del otro. Sobre todas las cosas, Lawrence era un hombre circunspecto y perspicaz, el último hombre en el mundo en dejarse engañar o intimidar. Nada más lejos de su naturaleza el hacer algo sin saber exactamente por qué. Por supuesto, no tenía imaginación, y ya se sabe que ésta es la prima hermana de la caridad; aunque tenía un buen acopio de esa sana discreción que es prima de ambas. La discreción le decía que su interlocutor era un sinvergüenza consumado, que quizá había tenido que hacer frente a una dura tentación, y que, a fin de cuentas, había pecado. Su miseria absoluta era incuestionable. Y Roger sentía que no podría resolverla sin comprender, de alguna forma, sus vicios. En cualquier caso, no podía entregarle cien dólares así como así. Le propuso un arreglo.

—No puedo darle la suma que me pide —dijo—. Y además, ahora mismo no tengo tiempo para investigar su caso. Reúnase conmigo aquí mañana por la mañana, y escucharé cuanto crea oportuno decirme. Mientras tanto, tome diez dólares.

El hombre miró el billete que se le ofrecía pero no hizo ningún ademán de aceptarlo. Entonces, levantó la vista hacia el rostro de Roger y, con los ojos con lágrimas de furia desvalida e impotencia, gritó:

—¡Maldita sea! ¿Qué hago yo con diez dólares? ¡Por todos los demonios, no sé cómo pedírsele! ¡Escúcheme bien, si no me da lo que le pido, me cortaré el cuello! ¡Piénselo! ¡Allá con su conciencia...!

Lawrence volvió a meterse el billete en el bolsillo y se puso de pie.

—No; no hay más que hablar —dijo—. ¡No sabe mendigar!

Al rato, Roger ya había salido del hotel y caminaba con paso ligero hacia una casa que conocía muy bien. Este brutal encuentro con el vicio y la miseria lo habían dejado tocado y descompuesto; pero mientras avanzaba, el aire frío de la noche le devolvía su buen tono saludable. La imagen de aquel furioso pedigüeño había sido rápidamente reemplazada por la figura más sosegada de Isabel Morton.